

***REMEMORANDO: ANTECEDENTES HISTORICOS DE
NUESTRO DEBATE***

**NOSOTROS TENEMOS
QUE CAMBIAR**

Víctor Barrueto

Diciembre 2000

La Concertación ha llegado a una etapa en su historia que la obliga a plantearse la pregunta más esencial para un movimiento político. Por qué y para qué quiere seguir existiendo y gobernando. En el fondo, la interrogante que debe responder se refiere a qué aporte está en condiciones de hacer para el futuro de la sociedad chilena y que ninguna otra opción política existente podría realizarlo. Durante los últimos quince años, la Concertación tuvo claro su particular aporte. Hoy, reconozcámoslo, esto está en duda.

Nos enfrentamos directamente a la incógnita de saber si la Concertación fue sólo la gran coalición para la transición a la democracia, o si ella será también la que establecerá los cimientos del país del siglo 21.

La reciente elección municipal demostró la enorme vigencia de la Concertación, ya que, a pesar de todas las dificultades, obtuvo un 52% de la votación, resultado que ratifica la valoración y el cariño que la ciudadanía aún tiene por nosotros. Sin embargo, no podemos ser miopes y conformistas, pues no obstante lo anterior, la última elección fue, prácticamente, un empate en términos del número de alcaldes elegidos, con el agravante que la derechista Alianza por Chile logró perfilarse como una fuerza exitosa y con proyección de futuro.

El impulso original que fundó a la Concertación ha perdido fuerza. Los resultados de la elección parlamentaria de 1997 fueron la primera señal de alerta y se produjo cuando el país se encontraba en uno de sus mejores momentos. En la primera vuelta presidencial y en las recientes elecciones municipales se nos reiteró por segunda vez. No poner atención a estas dos señales sería un grave error político. Ellas dan cuenta de la existencia de problemas de fondo no resueltos.

Una expresión de tales problemas lo constituye el escándalo de las indemnizaciones. Fue como mirarnos en un espejo y asustarnos con el reflejo de nuestra imagen. Otra expresión de lo anterior fue la derrota de muchos de nuestros alcaldes que, a pesar del progreso logrado en sus comunas, fueron rechazados por su autoritarismo, soberbia, distancia e incluso maltrato a la gente.

En las recientes elecciones municipales, lo más importante para la Concertación pareció ser la disputa por los cargos entre los partidos y dentro de ellos. Esto no resulta extraño cuando se han debilitado las poderosas razones que nos unían y que nos instaban a subordinar los intereses particulares en favor de los intereses compartidos por todos.

Si observamos el proceso de selección de candidatos para las próximas elecciones parlamentarias, vemos que se busca una reelección segura y hay muy pocos dispuestos a jugarse en lugares con riesgo de perder, aunque con ello se aumentara el caudal de votos en apoyo a la Concertación.

Derechamente, hoy enfrentamos graves problemas en la manera de gobernar.

¿Cuál es el proyecto de sociedad al que aspiramos? ¿Qué ofrecemos a Chile en la etapa que viene, de aquí al 2010?

El gran desafío de la Concertación es recuperar el sentido de su existencia, es decir, determinar el proyecto de sociedad que quiere para el país. Tenemos que redefinir nuestros objetivos. Pero eso no basta. EL SENTIDO TIENE QUE VER, TAMBIÉN, CON COMPROMISOS, EMOCIONES Y AFECTOS, NO SÓLO CON LA RAZÓN. Compromisos, emociones y afectos con nuestros líderes, con quienes compartimos proyectos colectivos, pero por, sobre todo, con quienes son nuestra principal preocupación: la gente real, de carne y hueso.

Ello pasa por un profundo cambio en la forma de hacer política y de ejercer el gobierno, de modo que la función pública esté vinculada al servicio de la gente y sostenida por una estricta ética.

Dentro de este ámbito, la competencia con la oposición no puede quedar reducida a la elección de quién es un administrador más eficiente de las cosas tal como están ahora. No negamos que ser eficientes es un elemento de gran relevancia para la gente. Muy por el contrario, constituye un elemento central para la realización de nuestro proyecto. Más aún, consideramos a la eficiencia como un deber en cualquier gestión que emprendamos. Pero la eficiencia no es suficiente para justificar el proyecto de país que queremos realizar. No responde a la interrogante de para qué ser eficientes. Por ello no puede ser el elemento que distinga a la Concertación de la Alianza por Chile.

Dos falsos dilemas: ¿Autocomplacientes versus autoflagelantes? ¿Liberales versus estatistas?

El debate al interior de la Concertación ha sido etiquetado como una pugna entre autocomplacientes y autoflagelantes o entre liberales y estatistas. Caratulado de esa forma la discusión dentro del conglomerado se empobrece y si bien refleja la inquietud que ronda entre los integrantes de la coalición, reducirlo al primer ámbito es artificial y retórico; y en el segundo caso es dogmático y anticuado. La pregunta que debemos responder es en torno a qué eje vamos a recrear nuestro proyecto.

Hasta ahora el debate se ha simplificado y ha girado alrededor de dos ejes posibles. El primero ha sido el de las limitaciones del modelo neoliberal y las que imponen los enclaves autoritarios. El segundo está referido sólo a la idea de adecuarnos a los cambios que produce la modernización en nuestra sociedad y en las personas.

Si el replanteamiento de la Concertación se ordena en base al primer eje, corremos el grave riesgo de quedarnos empantanados en una visión que podríamos denominar como “tradicionalismo progresista”. Si nos decidiéramos sólo por el segundo eje, acotamos nuestros objetivos a un pobrísimo escenario, al que llamaremos “modernismo conformista”. Sin embargo, ambas alternativas no dan solución ni logran responder adecuadamente a los graves problemas que

sufre nuestra sociedad y los que, periódicamente, viene constatando el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Tenemos, entonces, el desafío de buscar una síntesis que supere las limitaciones del neoliberalismo y de los enclaves autoritarios, pero que lo haga asumiendo la modernidad y los cambios producidos en la sociedad.

Asimismo, si hay algo que representa una delimitación de fronteras en el mundo de la Concertación es el rechazo al “totalitarismo de estado”, así como al “totalitarismo del mercado”. El significado real de una tercera vía se encuentra, precisamente, en ser un camino de búsqueda entre estas dos fronteras.

En este marco debemos recrear nuestra propuesta. No debemos retrotraer el debate a etapas ya superadas. Por ello, una afirmación fundamental debe ser: Estado fuerte, mercado fuerte y una sociedad fuerte. En consecuencia, los pilares de un proyecto de sociedad son tres y no dos, como hasta ahora se ha entendido en forma simple.

LA CRISIS DE SENTIDO DE LA CONCERTACIÓN

La crisis de sentido que vive la Concertación tiene una serie de graves manifestaciones, que al mismo tiempo han devenido en causa y la retroalimentan. Junto con ello, es evidente que el conglomerado sufre un proceso creciente de agotamiento en su manera de ser que lo había caracterizado hasta este momento. Es lo que llamo enfermedad del cansancio y de la autosuficiencia de la alianza de gobierno.

La primera manifestación proviene del propio éxito de la coalición, ya que el objetivo central que le propuso al país de alcanzar la democracia política, se encuentra gruesamente cumplido. Es natural, entonces, que tengamos que proponer nuevas metas, superar nuevas vallas y escollos, las que podemos visualizar sólo porque hemos avanzado. La segunda manifestación es que la sociedad chilena, sus demandas, esperanzas, anhelos, formas de relacionarse entre las personas y sus aspiraciones, cambió durante estos años sin que nos hiciéramos cargo plenamente de esta nueva realidad. Por último, debemos mencionar el desgaste que produce el ejercicio prolongado del poder, lo que nos fuerza a abrir las ventanas para que entre aire nuevo y podamos renovarnos. Si no cambiamos podemos repetir el triste final de la exitosa experiencia del Partido Obrero Socialista de España (PSOE).

Tenemos el desafío de asumir esta realidad, llevando a cabo un auténtico proceso de recreación de la Concertación para revitalizarnos. Ricardo Lagos es nuestro principal capital. El Presidente de la República hace ingentes esfuerzos por generar una actitud política distinta, propone fórmulas innovadoras y entusiastas

de gestión que materializa en la práctica. Pero eso no basta. Él está solo. Por eso necesitamos una coalición que lo acompañe en este nuevo espíritu.

La pérdida de sentido nos ha hecho perder la mística y con ello el carisma: la Concertación se aburguesó. La pérdida de sentido hace perder motivación, entusiasmo, magia y capacidad para seducir a los ciudadanos. No está claro ni grabado en nuestra alma, como lo estuvo hace 14 años, hacia dónde vamos, por qué luchamos, cuál es nuestra meta. En ese tiempo, si se lo preguntábamos a cualquier dirigente o al último votante del pueblo más recóndito, él o ella sabía qué responder y la respuesta era la misma. Hoy hacemos la misma pregunta a diez dirigentes y es muy probable que tengan diez alternativas distintas. Y si le consultamos a un habitante de un pequeño villorrio, seguramente no sabría qué contestar.

Para graficar este nuevo espíritu del que hablamos, un buen ejemplo es lo que sucede con el desafío que se ha propuesto el actual gobierno en orden a eliminar los más de 1.000 campamentos existentes en el país, de aquí al 2006. Imagínense ustedes un Chile sin campamentos. Ese es otro Chile. Sin embargo, no vemos entusiasmo para embarcarse en esta gran tarea. No hay ningún partido movilizándose por dicha iniciativa ni jóvenes jugándose la ni universitarios en trabajos voluntarios en pos de esta meta. Es difícil cumplir ese objetivo sin la participación de la gente y colaboración amplia de todos. Pero si, a pesar de esa actitud negativa, lográramos erradicar esta lacra por la mera acción burocrática, lo más probable es que quede como una obra de nadie, sin el sello de nadie, pues, simplemente sucedió. Tenemos que movilizarnos activamente tras la consecución de ese objetivo, dejando grabada la impronta de la Concertación en todos los lugares del país. Que nadie olvide que ésta fue la coalición que se jugó *a concho* para hacer realidad el sueño de una casa digna para miles de chilenos.

¿DÓNDE QUEDÓ NUESTRO ENTUSIASMO Y NUESTRA MÍSTICA?

El Poder por el Poder

Una de las razones más relevantes para explicar esa pérdida de entusiasmo y mística ha sido la de considerar la actividad política exclusivamente centrada en una lucha por el poder. Y, por consiguiente, la democracia ha quedado reducida principalmente a legitimar la conquista del poder. En tanto, las propuestas de un programa de gobierno han quedado rezagadas en un lugar muy secundario o, simplemente, olvidadas en un rincón. Los partidos políticos son meros instrumentos para acceder al poder del estado, perdiendo casi por completo su rol, entre otros, de intermediación entre la sociedad civil y la autoridad pública. Los partidos políticos no ejercen el papel que dimana de su verdadera naturaleza como medios de ampliación de la democracia.

Por otra parte, dentro de los partidos políticos surgen mecanismos destinados a proteger el poder obtenido. Estos se dividen en grupos o facciones cuya única

finalidad es conquistarlo, mantenerlo o incrementarlo. Los cargos se llenan como producto de negociaciones entre cúpulas políticas, sin referencia a la idoneidad de quienes en definitiva terminan ocupándolos. Las máquinas, el amiguismo, las lealtades vacías, las trenzas, las conspiraciones y la traición entre aliados pasan a ser la conducta habitual en la vida partidaria. Los cargos públicos se distribuyen para pagar favores o como plataforma para conservar o aumentar el poder alcanzado. La auto referencia es el único marco de discusión. La ciudadanía no tiene ningún mecanismo para fiscalizar ni pronunciarse sobre el desempeño de sus autoridades en todos los niveles.

Las reglas del juego no son iguales para todos. La igualdad ante la ley, uno de los pilares del moderno estado de derecho democrático, ha ido quedando reducida a una cuestión utópica, a un ideal propio de “soñadores”. El tráfico de influencias, la acción de los poderes fácticos, las prebendas y privilegios, se encargan de demostrar lo señalado.

Relajamiento en la Función Pública.

Lo anterior ha llevado a un relajamiento en el ejercicio de la función pública. Se ha ido perdiendo el sentido de lo que implica el servicio en el aparato del estado. Hoy, demasiado a menudo, desgraciadamente, este sentido ha quedado reducido a un mero instrumento para potenciar los intereses particulares de los que se desempeñan en esos cargos. La denominada vocación de servicio público ha sufrido un deterioro. La ética pública ha tenido un fuerte retroceso. Así lo demuestra el escándalo de las indemnizaciones millonarias. El cuoteo y la rotación de cargos en los distintos niveles de la dirigencia estatal ha dado nacimiento a una “casta de intocables” que se han mantenido por diez años en el sistema, lo que constituye una expresión concreta y dramática de lo aseverado.

Un fenómeno que llama fuertemente la atención y que es también expresión de este relajamiento es el arraigado “nepotismo”. Así, núcleos familiares completos de algún connotado dirigente político, aparecen nombrados en diferentes cargos dentro de la Administración Pública. Estos actúan en el aparato de gobierno como si fuera parte de su “coto privado”, convirtiéndolo en una especie de “empresa familiar”. En los hechos, para algunos dirigentes concertacionistas, el estado como tal, ya se ha privatizado. El bien común, como misión de aquél, ha quedado relegado a un plano muy secundario.

Distanciamiento de la Sociedad Civil y su Debilitamiento.

La Concertación se ha equivocado, se aisló en las oficinas públicas y perdió contacto con la sociedad civil. Esto no era así cuando la coalición surgió a la vida política. Su subsistencia material y espiritual se vinculaba a las 600 ONGs que agrupaban a profesionales y técnicos dedicados al desarrollo comunitario. Su fortaleza orgánica y sustantiva estaba dada por el apoyo de la CUT: aquella de Bustos, Seguel y Martínez. Vivía en los centros de alumnos y gremios académicos de todas las universidades públicas del país. Estaba presente en las juntas de

vecinos que se democratizaban a pesar de las limitaciones que imponía el gobierno dictatorial. La encontrábamos en el movimiento de mujeres y en los colegios profesionales. Es decir, en una ciudadanía consciente que expresaba su adhesión sin temores.

Por otra parte, los partidos políticos contaban con militantes fuertemente comprometidos con sus postulados. Habían asumido su condición de garantes de las aspiraciones democráticas de la población y de un desarrollo equitativo, respetuoso de las personas y del medio ambiente.

Después de 10 años de gobierno, el panorama es muy distinto. La Concertación, producto de sus propias decisiones, ha visto erosionada las bases sociales sobre las cuales se fundó. Las organizaciones de trabajadores apenas sobreviven. Los centros de alumnos y los gremios académicos están concentrados en sus problemas internos, actúan solos y por separado. Los jóvenes no adhieren a la Concertación. Las organizaciones vecinales, el movimiento de mujeres y los colegios profesionales desaparecieron del mapa político concertacionista, y, en general, también como actores relevantes en la vida nacional. A su vez, los medios de comunicación pro Concertación fueron desapareciendo sin misericordia, fruto de la miopía de la dirigencia política.

La coalición no desarrolló una política de comunicaciones propia y despreció a quienes podían formularla. El resultado de esto fue que el poder comunicacional quedó entregado por completo a los medios de la oposición, los que hasta el día de hoy controlan el flujo informativo del país y determinan los temas de la agenda pública. Así desaparecieron cuatro revistas y dos diarios comprometidos con la democratización del país, a través de los cuales se canalizaba una vasta producción intelectual, política y social.

Todo lo anterior se explica por la poca importancia que los grupos dirigentes le dimos a la organización de la sociedad civil, a su protagonismo y a la necesaria comunicación que debía darse con ella. Ciertos ámbitos de la sociedad civil, ligados a la oposición, se han fortalecido. Mientras muchas ONGs proclives a las políticas sociales de la Concertación murieron, hoy tenemos a connotados centros de estudios de la oposición que son en definitiva quienes dictan las políticas públicas. Los ejemplos sobran: los más emblemáticos son Paz Ciudadana y el Instituto Libertad y Desarrollo.

En síntesis, la Concertación se olvidó de sus bases de sustentación. Esto es grave pues lleva al debilitamiento de la sociedad, disminuye la base crítica indispensable para la dinámica democrática y hace recaer el peso de las decisiones públicas sólo en grupos de poder que actúan de hecho y de acuerdo a sus propios intereses.

Si estuviésemos hablando de fútbol todo esto no sería más que un autogol.

A RECREAR LA CONCERTACIÓN

La Concertación tiene que cambiar. NOSOTROS TENEMOS QUE CAMBIAR. Tenemos que recuperar el carisma que nos permitió conquistar la confianza de la mayoría de la sociedad chilena. Tenemos que recuperar la potencia movilizadora que la caracterizó.

Recrear la Concertación supone nuevas ideas. Pero no es suficiente, como algunos piensan. Se requiere también nuevas prácticas, estilos, formas de hacer política y de gobernar, lo que supone nuevas personas que las encarnen y las hagan creíbles.

Tenemos que enfrentar este proceso y preparar un RELANZAMIENTO de la coalición en un plazo no lejano.

Inspirándonos en el ejemplo de Juan XXIII, la Concertación debe hacer su propio Concilio Vaticano II, para permitir el ingreso del aire fresco. Para ello se requiere salir de las oficinas públicas, superar la arrogancia y dejar atrás esta tendencia a creerse miembros de un círculo de iluminados. Atreverse con la riqueza y complejidad de la vida, la misma que se resiste a ser constreñida en modelos o teorías, en políticas públicas o proyectos.

Los partidos de la Concertación deben tener sus puertas y las ventanas abiertas a la gente y a sus problemas. La Concertación pudo y puede volver a enraizarse en el movimiento social chileno, no para manipularlo, sino que para fortalecerlo y enriquecerlo. La sociedad civil será así la mejor cantera para nutrir a la Concertación de los líderes del mañana.

La Concertación tiene todas las condiciones para dar gobierno en lo inmediato. Sólo tenemos que ordenarnos con una agenda clara, generar un nuevo ánimo en el país, mayor optimismo, que convoque a la colaboración en todas las áreas. Esta es la tarea del Presidente. La coalición, sin embargo, debe ser capaz de enfrentar ahora y a tiempo su propio agotamiento, como también la necesidad de recrearse. Para eso, tenemos que abrir espacios al debate y atrevernos a una reflexión de fondo. Es el momento para hacerlo. Tenemos la tranquilidad que da un 52% de respaldo y recién comenzamos un gobierno de 6 años. Contamos, por tanto, con todas las posibilidades del mundo para lograrlo. El debate es necesario y tiene que hacerse. No podemos aceptar - ¡otra vez! - razones de estado para impedirlo. ¡Tenemos la oportunidad de rectificar! ¡Atrevámonos! La gente valorará la honestidad que significa reconocer nuestros errores y el que lo digamos claramente. Pienso que este debate lo debemos realizar de cara al país.

¿ES CHILE UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA?

El DESARROLLO como gran aspiración del país es el desafío que tenemos por delante. Lo compartimos plenamente. Sin embargo, quedarnos sólo en eso no es suficiente porque se trata de un objetivo de carácter nacional, al que todos aspiramos y al que todos podemos postular para conducirlo. Se podrá hablar de un desarrollo más o menos integrador, más o menos integral, dependiendo si lo conduce la Concertación o la derecha, pero será desarrollo al fin si lo medimos con los estándares habituales del mundo contemporáneo, aunque, desde nuestra visión, eso pueda asimilarse a mero crecimiento económico sin desarrollo verdadero.

En ese sentido, lo señalado por el Presidente Ricardo Lagos en la última Junta Nacional de la Democracia Cristiana (DC) es claro y preciso: “Lo que no seamos capaces de hacer como coalición no lo va a hacer la derecha, que tiene otros propósitos, otra agenda y otra visión”.

¿Cuál es el aporte exclusivo de la Concertación? El valor agregado que puede aportar la Concertación es alcanzar el desarrollo del país en el marco de una sociedad auténticamente democrática. Ese debe ser nuestro objetivo.

Chile no es hoy una sociedad democrática

La Concertación le ofreció al país en 1988 recuperar un sistema político-jurídico democrático y el respeto a los derechos humanos. En términos generales este objetivo se ha logrado, sin desconocer que aún subsisten elementos institucionales autoritarios que deben ser removidos. Lo que, definitivamente, no se ha alcanzado todavía es tener una SOCIEDAD DEMOCRÁTICA. En efecto, los fuertes niveles de concentración del poder, la cultura autoritaria, intolerante, discriminatoria y la inmensa desigualdad en la distribución de la riqueza y las oportunidades, confirman lo anterior.

La Concertación es una mayoría en las urnas, pero sin poder. Eso se refleja en el tipo de sociedad en que vivimos, una sociedad tremendamente segmentada y cuya característica es la gran concentración del poder en pocas manos. En nuestro país, los poderes fácticos operan con tal fuerza que se hace indispensable buscar formas de contrapeso. De lo contrario, el gobierno vivirá sometido a las presiones que se ejercen en la sombra, sin la debida transparencia. Si a eso se le agrega el extremo centralismo del estado chileno, la situación es espeluznante.

Si el candidato de la oposición ganara en el 2005 la presidencia de Chile, no podría interpretarse de manera tan simple como decir que la democracia empezó a funcionar porque existe alternancia en el poder, sino que en el caso de nuestro país, que no es Estados Unidos ni una nación europea, ese hecho por sí solo sería tremendamente grave. Si la oposición, que cuenta con el respaldo de los poderes fácticos más importantes del país, conquistara el gobierno en las urnas y, además, el Parlamento, pasaría a tener todo el poder. Aquello agravaría más aún

la realidad de una sociedad que no es plenamente moderna porque la concentración del poder es inmensa. O sea, nos alejaría de una sociedad democrática.

Una sociedad democrática implica tener un país desarrollado en el que quede plenamente garantizado que el dinamismo del crecimiento económico se exprese en tasas crecientes de igualdad de oportunidades; implica un cambio cultural profundo que se traduzca en un mejor trato entre las personas, en un mayor respeto a sus derechos, en el que no exista discriminación, en donde estén garantizadas todas las libertades personales y haya una efectiva tolerancia y valoración de la diversidad; implica, además, un estado completamente descentralizado, donde se le dé autonomía a las regiones, junto a una sociedad civil fuerte y viva.

En lo que hemos enunciado reside nuestra gran diferencia con la oposición. Resulta dudoso que Joaquín Lavín y las fuerzas que lo sustentan puedan garantizar al país la construcción de una sociedad democrática. Una sociedad donde el poder esté efectivamente distribuido en forma equilibrada. En otros términos, donde el poder se haya democratizado.

La finalidad de nuestra propuesta es mejorar la vida cotidiana de las personas, responder a sus deseos de vivir mejor, de mayor bienestar, de una vida más humana, es decir, a sus aspiraciones de confort, consideración y respeto. Ello implica, entre otras cosas, lograr una educación de calidad para todos, que se trate bien a las personas, que las decisiones se adopten más cerca de la gente, que existan más plazas y seguridad en ellas. Así, mientras el gasto en educación por alumno sea sólo de \$25.000 para la gran mayoría y de \$150.000 para unos pocos, la igualdad de oportunidades seguirá hipotecada para el resto de la vida de esas personas.

En el marco conceptual recién señalado es preciso fijar algunas pautas programáticas que deben ser adoptadas en breve plazo por la Concertación.

Garantizar los derechos de las personas

En una economía de mercado, el estado debe proteger los derechos básicos de los ciudadanos proporcionando los mecanismos de defensa de los mismos, ya que el mercado por sí solo no los resguarda. No puede ser que Chile sea el único país en donde la economía de mercado sea sinónimo de desamparo, abusos e indefensión de la gente. Al estado no sólo le corresponde regular que los derechos de los chilenos sean resguardados y se concreten en la práctica, sino que, también, es responsable de garantizar un nivel de óptimo de realización de los mismos, de igual modo un máximo nivel de calidad.

Los derechos básicos son tales porque su existencia es anterior a cualquier arreglo institucional, incluido el mercado. Así, la salud no es un negocio, como tampoco puede serlo la previsión social y la educación.

Chile es un país subdesarrollado. Para recuperar el dinamismo económico y lograr el desarrollo necesita inevitablemente cuatro cuestiones:

Un estado pro activo

Reconocer más explícitamente en la iniciativa pública una de las claves del aumento de la riqueza y del bienestar del país. La aparente osadía de esta afirmación sólo es tal para quienes aún permanecen anclados en el desprecio a lo público y a la Estado-fobia neoliberal.

Requerimos un estado pro activo, que no sea neutro, sino que tenga iniciativa junto a los privados en las áreas de desarrollo sectoriales y territoriales, a partir de ventajas que puedan identificarse y no esperar brotes de protesta para improvisar medidas, sino que decidir con anticipación opciones estratégicas de desarrollo. Lo dicho es especialmente relevante para avanzar en la regionalización y en el desarrollo local.

Ahora, la cuestión central no es tanto el tamaño del sector público, harto estrecho por lo demás ni tampoco eludir la tarea de modernizar su gestión, al fin y al cabo un asunto técnico, sino su capacidad de acción e iniciativa.

Asociación estrecha entre sector público y privado

Necesitamos una estrecha asociación entre el sector público y privado, con el fin de impulsar proyectos en conjunto, superando la gran desconfianza mutua con que hasta hoy se relacionan. Este puede ser uno de los grandes aportes de la Concertación para cambiar el rol del estado.

Triplicar el número de empresarios

Necesitamos aumentar la cantidad de empresarios y personas dispuestas a emprender en distintas áreas. Si no triplicamos el número de empresarios será imposible volver a crecer a un 7% anual.

¡Más mercado! Pero un mercado que realmente funcione

Se requiere perfeccionar el mecanismo del mercado para que efectivamente cumpla el papel que le corresponde. Esto implica ampliar la oferta de oportunidades para los consumidores. Para ello es menester que exista competencia real, que termine con los excesivos niveles de concentración del poder económico y con el control monopólico que limita la libertad de comercio.

Debemos tomar la bandera de la competencia y la transparencia en los mercados, que afectan por igual a empresarios y a consumidores.

El pacto que falta en Chile

Es urgente el establecimiento de un pacto social. El pacto que falta en Chile. Un pacto con la sociedad civil, donde, en particular, los trabajadores sean parte activa y puedan sentirse socios reales del crecimiento económico, de sus empresas y del desarrollo en general.

CAMBIOS EN LA MANERA DE HACER POLITICA Y GOBERNAR

Una Nueva Forma de Hacer Política

Este es probablemente uno de los mayores desafíos. Debemos reinstalar la excelencia o impecabilidad democrática de nuestras acciones. En los últimos años se ha ido generando un quiebre que se traduce en la falta de coherencia democrática entre lo que queremos y hacemos. Hoy predomina la ingeniería política o la búsqueda de la eficiencia *per se*, sin reparar en los aspectos éticos involucrados. La forma es tan importante como el fondo. Cuando alguien es autoritario le falta el respeto a sus semejantes. Si eso no es contenido y de fondo, no sé que es lo que pueda serlo. Arrastramos una historia ideológica que valoró siempre el fondo, pero que descuidó la forma. Ese es el problema. Por eso pienso que en los detalles está Dios.

La política no puede restringirse a un mero juego especulativo entre la dirigencia política e intelectual. La política debe nutrirse de la experiencia de vida de la gente. Ahí debe encontrar su fuente vital. No podemos aceptar que el pueblo quede reducido al papel de “peones” de modelos abstractos que, por su propia naturaleza, nunca podrán dar cuenta de la complejidad de la experiencia vivida, salvo a partir de una grosera simplificación.

Una segunda cuestión tiene que ver con la valoración que hacemos de la sociedad civil. La experiencia nos ha mostrado, dramáticamente, que ni el estado ni el mercado son o pueden ser depositarios de los valores, tradiciones, fortalezas o anhelos de un pueblo. Son simples instrumentos que pueden servir para alcanzar el desarrollo o para imponer una dictadura sobre la población generando marginación y pobreza. Lo vivió Chile en el invierno autoritario y también los países de Europa del Este.

En consecuencia, la Concertación más que refugiarse en la trinchera estatal para humanizar el modelo de desarrollo, debe buscar como principal prioridad el fortalecimiento de la sociedad civil: el quehacer territorial de las juntas de vecinos, dignificar el trabajo que plantean los sindicatos, las demandas de las agrupaciones

regionalistas, étnicas o ambientales, las organizaciones de mujeres, jóvenes y de la tercera edad, el trabajo de las organizaciones no gubernamentales, centros académicos y gremios profesionales, potenciar nuevas formas de organización que nacen espontáneamente en las comunas y que la Concertación desconoce.

Los partidos políticos, por grandes o plurales que sean, siempre son un pálido reflejo de lo que es Chile y su sociedad, sus matices y las comunidades y sectores que lo componen. Nada reemplaza a una sociedad activa, fuerte, irreverente y protagonista. Habrá que estudiar como una fórmula factible el financiamiento de la sociedad civil por parte del estado. Y así como el estado financia el funcionamiento del mercado, así también debe hacerlo con la sociedad civil.

La política nace desde la vida cotidiana de la gente

La vida cotidiana debe ser el ámbito en el cual interactuamos para darle un sentido a nuestra acción política. Allí deben materializarse los cambios que queremos para el país. La comunidad local debe ser un protagonista activo para desarrollar actividades y proyectos que buscan mejorar su entorno.

La Concertación, sus partidos y sus militantes, no puede acordarse de la gente sólo cuando hay eventos electorales. Por ejemplo, las plazas ciudadanas debieran ser una actividad permanente que permitan canalizar la energía social y política de miles de profesionales y técnicos y, por otro lado, que los sectores populares perciban que la solidaridad y el compromiso son actitudes permanentes.

Nosotros no hemos descubierto a los pobres, pescadores o campesinos en los últimos años. Ellos son parte de nuestra historia social y política. A pesar de nuestros errores, como lo muestran las elecciones, continúan confiando en la Concertación. Pero esto sólo se mantendrá y fortalecerá si somos capaces de hacernos cargo, junto a ellos, de los problemas simples o complejos que les plantea la vida diaria.

A la búsqueda de nuevos liderazgos

Para que la Concertación se vigorice y cambie debe nutrirse de la experiencia de vida de la gente. Tan importante como lo anterior es la renovación de los liderazgos al interior de la alianza y en el aparato de gobierno.

Ahora bien, renovar liderazgos no puede ser algo reservado, exclusivamente, a los jóvenes, dejando fuera a la gente valiosa de otros grupos etarios. No es lo que nuestra ciudadanía siente, tal como quedó demostrado con la elección de Jorge Kaplán como alcalde de Viña del Mar.

Se trata de renovar liderazgos en cuanto cualidades que uno identifica con los jóvenes: disposición al cambio, a innovar, generosidad, disposición a trabajar por otros. Eso es lo que debe rescatarse. Podrán existir en muchos jóvenes, pero también en sectores de mayor edad. Porque así como encontramos viejos jóvenes

existen jóvenes viejos con todas las mañas del mundo aprendidas antes de tiempo, sin ninguna capacidad de innovar y cambiar.

Corresponde a los dirigentes concertacionistas reemplazar las maquinarias que hoy están operando y establecer los métodos y criterios que permitan identificar a las mejores personas para cada uno de los cargos de gestión y representación, como también percibir en forma oportuna el momento de efectuar los relevos.

Es menester la fijación de criterios mínimos de idoneidad profesional para el desempeño de los altos cargos en los servicios públicos y otras dependencias de la administración del estado. Establecer un sistema permanente de evaluación del desempeño de las altas jefaturas de dichos servicios, abierto a la participación de la sociedad. Hay que decidirse a fijar un marco de evaluación de todos los funcionarios públicos de los gobiernos central, regional y provincial, también en las comunas.

Si no somos capaces de proponer a los mejores o de cambiar aquellas personas que han caído en la inercia administrativa y en la mera reproducción de su gestión, será la propia ciudadanía la que nos enseñará nuestros errores, como ya sucedió.

Posiblemente haya que considerar cambios generalizados en los mandos medios. Hay gente que literalmente está calentando asiento durante los últimos diez años. Son personas que se han burocratizado, que han perdido la motivación e iniciativa.

Frente al escándalo de las indemnizaciones millonarias de altos ejecutivos de empresas públicas es indispensable un estricto código de conducta funcionaria, que impida todo tipo de excesos y abusos. En ese sentido, es urgente que pongamos en práctica severas medidas para sanear la cosa pública a través de iniciativas administrativas y legales.

Los servicios públicos podrían, perfectamente, diseñar formas creativas de evaluar a su gente, bajo ciertos parámetros unificadores, en el que participe la comunidad o los usuarios, según de que organismo o institución se trate, lo que podría concretarse en la realización, por ejemplo, de eventos como el programa DE CARA A LA GENTE.

Frente a las tendencias vitalicias, la renovación de la dirigencia de la Concertación es la respuesta. Debemos evitar que los candidatos al Congreso, a los municipios, por nombrar sólo estos casos, se eternicen y no le den cabida a nuevos rostros. Tanto la gente que está en los cargos de gobierno, en los municipios, como los parlamentarios debieran rotar después de un determinado número de años.